

Francisco Amunátegui

Pepys diary



CABA de publicarse, por la primera vez en Francia, la traducción del «Pepys Diary», que constituye un documento único en la literatura mundial.

Samuel Pepys era un modesto funcionario del Ministerio de Finanzas en tiempos del Rey Carlos II de Inglaterra, que se impuso la obligación, desde el 1.º de enero de 1660, de escribir todas las noches, con la mayor escrupulosidad, un diario de su vida tanto para recordar los acontecimientos de que había sido testigo como para descargar su conciencia.

Como deseaba decirlo todo, no sólo la relación de un paseo o de un banquete, sino también los pensamientos más íntimos que habían pasado por su espíritu, sus más audaces tentaciones, sus deseos más extraordinarios, hizo uso de un sistema de estenografía inventado en 1620 por Shelton. Así, sin ruborizarse y como conservando una máscara, podía dejar constancia de la imagen fiel de cada uno de sus días. Aun más, cuando estaba obligado a transcribir un pasaje especialmente

escabroso, la estenografía le parecía insuficiente y mezclaba varios idiomas para obscurecer el pensamiento. Pepys conocía, además del inglés, el francés, el español y el latín.

Esta tarea de memorialista íntimo le trajo penosas consecuencias para la vista. Hay que verlo, en plena noche, con una mezquina candela por toda iluminación, dibujando los extraños caracteres descubiertos por Shelton. Temió perder la vista por completo y el 31 de mayo de 1669 debió, con el más profundo dolor, abandonar su querido Diario. «Me parece que he descendido a la tumba, dice en las últimas líneas, y sólo pido a Dios que me prepare para ésa y para todas las otras desgracias que acompañarán a mi ceguera completa».

El conjunto del Diario comprendía ya seis grandes volúmenes que legó por testamento, con su biblioteca, al Magdalene College de Cambridge, donde quedaron sin lectores porque nadie tenía el valor necesario para descifrar esa especie de clave que se presentaba tan hermética como más tarde debieron parecer los gloglíficos egipcios a los sabios franceses de que se hizo acompañar Bonaparte hasta las orillas del Nilo. Durante siglo y medio los seis volúmenes de Pepys, que ningún trabajador consultaba, se cubrieron del venerable polvo del olvido. En 1818 el Reverendo Jhon Smith, gracias a un pasaje escrito al mismo tiempo en cifras y en lenguaje corriente, exactamente como lo hizo Champollion con la famosa piedra de Rosete,

llegó a descubrir la clave, pero necesitó aún de tres años para tener éxito completo en esta interminable empresa.

La primera edición del Diario de Pepys se publicó en París en 1825 y fué un triunfo. No se conservaba de su autor sino el recuerdo confuso de un personaje oficial, pero importante como que después de su estada en el Ministerio de Finanzas, había sido Secretario del Almirantazgo, miembro del Parlamento y Presidente de la Sociéte Royale. Con la publicación de su Diario, pasaba a ser un hombre superior con sus virtudes y sus debilidades, sobre todo con sus debilidades, y con él revivían, bien diferentes de las relaciones ordinarias, algunos episodios célebres de la historia de Inglaterra en el siglo XVII. La edición completa de la obra fué impresa en 1899 en su texto íntegro «salvo algunos pasajes absolutamente imposibles de reproducir», agregaba púdicamente el editor inglés.

Los extractos más importantes del Diario de Pepys acaban de aparecer en Francia y han hecho sensación. Para un extranjero, Inglaterra puede resumirse en tres o cuatro fórmulas tomadas de los Manuales: Elizabeth y los señores, Cromwell y los Puritanos, Victoria y la orgullosa burguesía que asiste al nacimiento de un Imperio. Sin embargo, había algo más y es lo que Pepys nos hace conocer.

Su Diario es ante todo un documento humano. En él no figura sino el mismo Pepys, el único que está en la escena y que ocupa la atención del público y sólo

en forma secundaria aparecen los personajes históricos. En las primeras páginas, asistimos, en las calles de Londres, al desfile del General Monk con sus tropas, de Monk a quien el pueblo inglés reclama un parlamento libre y la vuelta de Carlos II. Pepys señala que los soldados han desfilado en buen orden y en la línea siguiente cuenta que ha vuelto a su casa pero que ha necesitado de mucha paciencia porque la pierna de cordero no estaba aun bastante a punto. Después de comer, va en busca de noticias. Por todas partes se quemaban fuegos artificiales y el autor vuelve a su casa por el río tocando «flageolet»: ¿no es un grabado de Hogarth? Al día siguiente, una Delegación Oficial, presidida por Sir Edward Montagu, el futuro Lord Sanwidch, Almirante de la escuadra del Báltico, pariente y protector de Pepys, sale para Holanda en busca del Rey. Pepys, que forma parte de la Delegación, se siente muy satisfecho, y se apresura a anunciar la noticia a su mujer, pero en el camino siente deseos apremiantes «de satisfacer pequeñas necesidades» y «para aliviarse» se dirige a la Taberna de la Harpe y del Ballon. Así, en todo el libro nuestro autor nos describirá minuciosamente los grandes... y los menos grandes episodios de su vida y de la vida de Inglaterra.

Semejante obra, en su familiaridad, tiene un valor tan importante o más importante tal vez, que esos inestimables cuadros holandeses que nos han permitido conocer lo que era una existencia burguesa en los siglos pasados.

Así se nos presenta Pepys como un personaje de Steen o de Van Ostade, más vivo y más variado aun, fumando su pipa, entregado a la música, realizando compras en la Bolsa con Madame Pepys, tomando té, «una bebida china», o en la iglesia donde se duerme, con gran pesar de su parte, mientras se pronuncia el sermón. Es más que un documento, es una resurrección. Entre las botellas de «ale bues» en cualquiera vieja taberna o en una representación del «*Songe d'une Nuit d'Été*, que encuentra «insípido y ridículo», reaparece la Historia: coronamiento de Carlos II, audiencia a los Embajadores de Rusia, muerte de Mazarín, la gran Peste, el gran Incendio...

Pepys es un hombre de gran cultura. Desde que termina de beber su botella de vino o de comer una ala de pavo, se ve, por la relación de sus ocupaciones diarias, que está al corriente de todo lo que pasa no sólo en Inglaterra sino también en Europa. Lee todo lo que se imprime, asiste a las nueve piezas y conversa con los sabios y escritores de su tiempo. No suprime, por cierto, ningún detalle y así nos cuenta que ha guardado cama para comenzar la lectura de la «*Histoire des Abbayes*», de Fuller, resfriado «por haber permanecido largo tiempo con las piernas desnudas a fin de suprimir algunas durezas en los pies». Emite excelentes juicios sobre Luis XIV y una magnífica frase sobre España que Paul Morand, en el prólogo que ha escrito para la traducción francesa del Diario, señala con toda justicia: «Shere me ha hablado largamente de

España y me ha contado la manera de hacer la corte a las mujeres, tocándoles serenatas y el encuentro de los enamorados en la misa. Nunca hay un baile en la Corte o recepciones en la noche. Parece un claustro donde nada tiene movimiento». Todo esto es superior al estilo y a las facultades de un funcionario de la Administración.

Los dos más impresionantes cuadros que figuran en el Diarió son los del gran incendio y de la gran peste de Londres. Es extraordinaria la escasez de elementos de que se podía disponer entonces para combatir estas calamidades. Había que limitarse a que la epidemia y el incendio se consumiesen solos. Al fin de cada día, Pepys anota con indiferencia: «Hoy, 50 muertos: 100 muertos . . .». Estas tristes estadísticas y el peligro constante a que está expuesto, no le impiden trabajar y divertirse. Una dama le da un elixir contra la peste, pide a su sastre que le confeccione un traje nuevo en seda de color y a la página siguiente dice: «Mil ochenta y nueve personas han muerto en la semana». No fué posible detener esta peste que duró cerca de un año y que pasó sola. Lo mismo ocurre con el incendio. Pepys cada día menciona los barrios destruídos, pero el siniestro toma tales proporciones que los hombres no pueden hacer nada para evitar sus estragos y durante semanas, y aun meses, Pepys deja constancia de la extensión de los perjuicios lo que no le impide invitar a comer a algunos alegres amigos: «El banquete fué magnífico y los comensales tan alegres como pueden serlo en las circuns-

tancias actuales». Al mismo tiempo, más de la mitad de Londres se consumía por el fuego.

Pasan los años y Pepys aumenta su fortuna considerablemente. El 31 de Diciembre, hace su balance, siempre favorable. En 1665, dice: «Mi fortuna ha aumentado de 1,300 libras a 4,400. Este resultado es debido a mi trabajo y al hecho de haber obtenido los puestos de Tesorero de Tanger y de Inspector de Aprovisionamientos. Terminó el año en medio de la satisfacción y del regocijo. Después, eleva sus agradecimientos al Señor. Con todo, esta fortuna no parece que ha sido adquirida muy honradamente. Pepys subía con rapidez los escalones de la jerarquía administrativa y así estaba en situación de prestar servicios que se hacía pagar generosamente. Estas gratificaciones que acepta, representando siempre una hipócrita comedia, que narra con detalles, las llama inofensivamente «des compliments». Un día el escándalo está pronto a estallar: la Dirección de la Marina es acusada de dilapidación de los fondos públicos y el tranquilo Pepys que está satisfecho de la curva ascendente de sus bienes, experimenta un miedo atroz. «Con el espíritu lleno de inquietud, no he podido dormir hasta las 6 de la mañana», anota el 5 de marzo, y para reponerme he tenido que ir a la Taberna del Perro y beber ahí una botella de vino caliente y después en el Palacio un vaso de alcohol. Gracias al calor de todo esto, me he sentido mejor». En el Parlamento se anuncia una encuesta: Pepys se cree perdido y no bebe ni come más.

El Diario termina antes del fin del episodio, pero sabemos que el Rey Carlos II, protector de Pepys, arregló el incidente suspendiendo la encuesta.

Un retrato de Samuel Pepys no sería completo sino hablásemos de su pasión por las damas. Su Diario sería un excelente documento para un médico porque esta pasión, de año en año, llega a ser una obsesión patológica. En medio de sus más importantes ocupaciones, sus lecturas más serias, no hace pensar sino en sus amores. Las escenas de su mujer legítima, bella pero celosa, constituyen una verdadera nota cómica. «Je me mis para taker les seins de ma servante Jane et elle s'y preta avec plus de complaisance que de coutume», escribe el 16 de septiembre con su curiosa mezcla de idiomas: su mujer lo sorprende. Como buen cristiano, reconoce sus debilidades y jura no volver más a los pensamientos frívolos llegando hasta imponerse dura penitencia. Trabajo perdido: al día siguiente se lee en su Diario. «Je me suis arreté chez Betty Mitchell. Je savais que son mari était absent et je susi entré para hazer quelque chose con élla».

Los años pasan y con ellos la tensión arterial de Pepys se agrava. En el mismo día visita a tres o cuatro damas. Es imposible no recordar a Hogarth y su libro «Vie du Débauché». Viene después el grande y único amor. Adora a Deb, la Secretaria de su mujer; ésta descubre los amores culpables y despide a la empleada. Siguen los infructuosos esfuerzos de Pepys para encontrarla. Una noche, furtivamente, la ve en la calle

y la acompaña durante algunos minutos; después la pierde para siempre. No piensa sino en ella, cree verla en todas partes y se apodera de él una aguda neurastenia. El fantasma de la deliciosa Deb lo persigue sin cesar. Las últimas páginas del Diario son, pues, lúgubres. Se acabó el Pepys alegre e inconsciente. Su vida se debilita y el Diario termina. Su mujer muere a los 29 años de fiebre maligna y no contrae nuevas nupcias. Pecador arrepentido, entregó su alma a Dios a los 69 años.

París, Febrero de 1939.